

“MADONNA SIXTINA”: El viaje de una imagen sagrada

JUAN ANTONIO MUÑOZ H.

La “Madonna Sixtina”, pintada por Rafael Sanzio entre 1512 y 1513 por encargo del Papa Julio II, es una de las obras más extraordinarias del Renacimiento italiano. Concebida para el altar mayor del monasterio benedictino de San Sixto en Piacenza —de donde toma su nombre—, la pieza destaca por la combinación única de rigor compositivo y emoción espiritual que Rafael logra plasmar en la figura de la Virgen. María avanza hacia el espectador con el Niño Jesús en brazos, flanqueada por San Sixto y Santa Bárbara, mientras que en la parte inferior dos querubines observan con curiosa expresividad. La composición no solo sugiere movimiento, sino que anticipa la Pasión de Cristo, estableciendo un vínculo casi íntimo entre la obra y quien la contempla.

Eugenio Gazzola ha señalado que la pintura ofrece “un relato articulado y apasionante de sus peregrinaciones: del monasterio benedictino de San Sixto en Piacenza hasta su llegada a Moscú, llevada en triunfo por el victorioso Ejército Rojo, donde fue idolatrada como rara vez había sucedido con un ícono no ortodoxo” (Eugenio Gazzola, “La Madonna Sistina di Raffaello”, 2013). La observación introduce una dimensión histórica y ritual que acompaña a la obra desde sus primeros días, cuando la pintura comenzó a ser algo más que un objeto artístico: un símbolo de devoción y de reverencia.

Del convento de Piacenza a la gloria de Dresden

Durante más de dos siglos, la “Madonna Sixtina” fue venerada en Piacenza. Pero su traslado a Dresden, en 1754, consolidó definitivamente su carácter casi ceremonial. La obra no se transportó de manera discreta: recorrió las calles de la ciudad entre multitudes que la seguían con admiración, como si participaran en un rito colectivo. Así, la pintura dejó de ser un simple ícono religioso para convertirse en objeto de veneración pública, anticipando los rituales modernos de exhibición de obras maestras.

En Dresden, instalada en la Gemäldegalerie Alte Meister, atrajo a escritores, filósofos y músicos como Goethe, Novalis, Schopenhauer y Nietzsche. Incluso Dostoiévski pidió que una reproducción lo acompañara en su lecho de muerte, convencido de que la obra ofrecía consuelo y elevación espiritual. La historiadora Bianca Gaviglio escribe que la pintura provocaba “un encuentro, un nuevo conocimiento, un milagro, incluso para los que no compartían la fe religiosa” (Bianca Gaviglio, “Raffaello, la Madonna Sistina e i russi”, 2020), demostrando que su poder trascendía la estética y la religión.

Entre la guerra y la supervivencia

La historia del siglo XX añadió una dimensión aún más dramática. Durante la Segunda Guerra Mundial, la “Madonna Sixtina” fue escondida en un túnel ferroviario en Sajonia para

Desde el convento de Piacenza hasta su regreso triunfal a Dresden, la pintura de Rafael trazó un destino simbólico que une arte, fe y supervivencia cultural.



La “Madonna Sixtina”, de Rafael Sanzio, de 265 centímetros de alto por 196 de ancho, está pintada al óleo sobre lienzo y se conserva actualmente en la Gemäldegalerie Alte Meister de Dresden.

Desde Goethe y Schopenhauer hasta un soldado soviético en Sajonia, todos han experimentado el magnetismo de la obra: la Virgen parece avanzar hacia el espectador, y el Niño en sus brazos se ofrece como una presencia viva, que interroga tanto al creyente como al incrédulo.

protegerla de los bombardeos. Su hallazgo por un sargento soviético ha sido descrito como “un milagro escondido entre el miedo y la destrucción” (Gazzola, 2013).

Tras la contienda, la pintura fue requisada por el ejército soviético y trasladada a Moscú. Stalin ordenó a un oficial que encontrara la “Madonna Sixtina” y la llevara en secreto al Museo Pushkin, donde permaneció ocho años.

Se cuenta que el dictador la visitaba en privado junto a algunos allegados en los sótanos del museo y que, por su orden, la obra fue limpiada y restaurada meticulosamente. Antes de su devolución a Alemania, en 1955, más de un millón y medio de personas acudieron a verla en Moscú, entre ellas el escritor Vasili Grossman, autor de “Vida y destino”, quien dejó un testimonio de aquel “encuentro”.

El regreso de la pintura a Dresden fue celebrado como un acontecimiento histórico: una restitución simbólica de la belleza arrebatada por la guerra. Los traslados ceremoniales —de Piacenza a Dresden, de Dresden a Moscú y nuevamente a Alemania— consolidaron la idea de que la “Madonna Sixtina” es una obra destinada a suscitar veneración pública, capaz de despertar admiración y respeto colectivo.

Los ojos que piensan: recepción y pensamiento

Más allá de su impacto visual, la pintura ha tenido un efecto profundo en la reflexión intelectual y espiritual. Escritores y filósofos encontraron en ella un motivo de meditación. El teórico político y filósofo Mijaíl Bakunin sostuvo que la obra tenía un efecto “salvífico” incluso sobre los más escépticos (Gaviglio, 2020), mientras que Tolstói y Dostoiévski la evocaron en sus escritos y conservaron reproducciones en sus estudios. El teólogo y filósofo Serguéi Bulgákov subraya que la pintura ofrece “un encuentro, un nuevo conocimiento, un milagro” (Gaviglio, 2020), consolidando su condición de puente entre lo humano y lo divino.

Entre los escritores rusos, Fiódor Dostoiévski fue quien expresó con mayor intensidad su veneración. En 1855, durante su estancia en Dresden, pasó largas horas frente a la “Madonna Sixtina”, experiencia que marcó su visión del arte y de la belleza. En su “Diario del escritor”, escribió que aquella Virgen representaba “la pureza reconciliada con el dolor”, y en cartas a su esposa Anna confesó que la pintura le revelaba “la redención posible en la tierra”. Esa impresión reaparece en “El idiota”, donde el príncipe Myshkin habla de una “Virgen de rostro sereno que contiene toda la compasión del mundo”, muy posible alusión al cuadro de Rafael. De hecho, la célebre frase

“La belleza salvará al mundo” puede leerse como una transposición literaria del mensaje visual de la “Madonna Sixtina”. También en “Los hermanos Karamazov”, en las meditaciones del anciano Zósima y en la fe de Alíoshá, resuena la huella de esa mirada materna y misericordiosa que Dostoiévski había descubierto en Dresden.

Bianca Gaviglio (“Raffaello, la Madonna Sistina e i russi”, 2020) observa que Dostoiévski “traslada la experiencia de Dresden a la creación de sus figuras femeninas santificadas, como Sonia, Grushenka o Nastasya, todas reflejos de la Virgen de Rafael”. Esa lectura ilumina un aspecto esencial de su universo: la belleza redentora que se encarna en mujeres caídas o sufrientes, convertidas en imágenes vivas de misericordia.

León Tolstói, por su parte, conservó durante años una reproducción de la “Madonna Sixtina” en su estudio de Yasnáia Poliana. En sus diarios, escribió: “Cuando la mirada se fatiga del mundo, basta alzar los ojos hacia Ella: todo se pacifica”. Aquella presencia silenciosa acompañó su etapa de crisis espiritual, la misma que dio origen a “Confesión” (1882). Si en Dostoiévski la Virgen representa la redención a través del sufrimiento, en Tolstói encarna la serenidad alcanzada por la compasión. En “Qué es el arte” (1898), el autor menciona a Rafael como ejemplo de quien supo transmitir “la emoción moral de la belleza”, una belleza que no adorna, sino que consuela. Para ambos, la obra de Rafael fue una epifanía: un rostro que los miraba desde lo eterno y les recordaba que el arte podía ser una forma de salvación.

El milagro bajo la lupa de la ciencia

Desde Goethe y Schopenhauer hasta un soldado soviético en Sajonia, todos han experimentado el magnetismo de la obra: la Virgen parece avanzar hacia el espectador, y el Niño en sus brazos se ofrece como una presencia viva, que interroga tanto al creyente como al incrédulo.

Esa sensación de movimiento no proviene solo de la composición, sino también de la técnica. Investigaciones recientes, como las del científico Howell G. M. Edwards (“A Raphael Madonna and Child OilPainting: A Forensic Analytical Evaluation”, 2024), han revelado cómo Rafael logró efectos de profundidad y luminosidad mediante pigmentos con variaciones microscópicas de densidad y el uso de capas transparentes de óleo. El resultado es una figura que parece respirar, dotada de una energía interior que transforma la pintura en presencia.

Por su parte, el ensayo más reciente de Ignacio de Llorens (“Belleza y desolación. Lo que la mirada ve”, 2025) profundiza en la relación entre las miradas de la Virgen y el Niño, interpretándolas como un diálogo entre inocencia y conciencia del destino. Para Llorens, esa tensión entre ternura y tragedia es la que sigue conmoviendo al espectador contemporáneo: una visión de la belleza como salvación posible.

El poder de fascinación de la “Madonna Sixtina” se mantiene intacto hasta hoy. Los querubines de la parte inferior han alcanzado estatus propio, y la obra completa continúa inspirando estudios académicos, interpretaciones literarias y emociones personales en millones de visitantes. Cada exposición pública ha reforzado la percepción de la pintura como un objeto de veneración que trasciende el tiempo y el espacio. Además, la imagen es un souvenir de gran relevancia en Dresden.

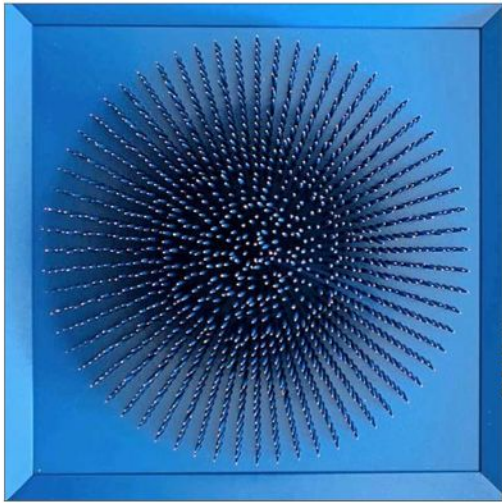
FERIA INTERNACIONAL

“Pinta Miami” pone el foco en el arte latinoamericano

La mayor ciudad de Florida se transforma en un centro cultural del mundo con “Miami Art Week”, en la que convergen cerca de 20 ferias artísticas y más de 1.200 galerías, incluyendo coleccionistas locales. Desde el lunes hasta hoy, ferias como Art Miami, Art Basel Miami y Pinta Miami estuvieron presentes, junto con exposiciones en las que filántropos locales atraen el interés del público interesado.

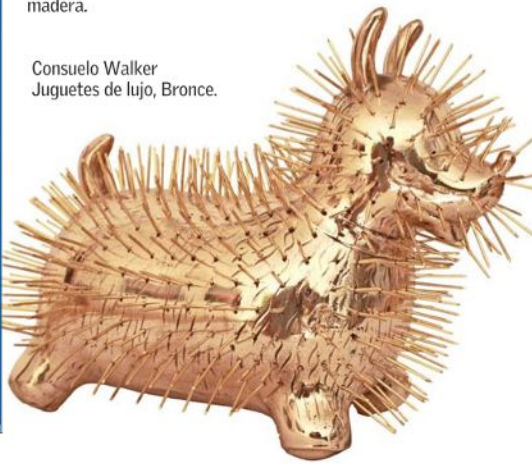
En este amplio panorama, la feria de arte Pinta Miami puso en valor el arte latinoamericano en su habitual sede de Coconut Grove, en Miami, donde este año destaca una selección de obras respetuosas con el medio ambiente, así como creaciones realizadas por artistas de Centroamérica. Pinta Miami está especializada en creaciones de dicha región y expone las obras de más de un centenar de artistas, de la mano de casi cuarenta galerías procedentes de 14 países.

De Chile participan dos galerías, Mancha, que va por primera vez a una feria de arte internacional, además de Prima Galería. Galería Mancha viaja con dos artistas nacionales, Francisca Garriga y Consuelo Walker, ambas con una sólida trayectoria y presencia internacional. “Las obras que llevamos —que combinan experimentación material, color y textil— dialogan con las tendencias actuales del arte latinoamericano y



Francisca Garriga, Azul Vol. 7, palillos sobre madera.

Consuelo Walker
Juguetes de lujo, Bronce.



representan líneas de investigación distintas dentro de la escena local”, dice Maite Manzanares, propietaria de Mancha. En tanto, Aninat Galería representa a Chile en Art Basel Miami Beach 2025. La galería presentará, en colaboración con Espacio Valverde de Madrid, el Solo Show “Checán” del artista peruano

HUANCHACO (Fernando Gutiérrez). Entre las obras más destacables se pueden encontrar una escultura del colombiano Ricardo Cárdenas en honor a los manglares —una barrera natural contra inundaciones y la erosión—, una colección de fotografías sobre poesía de la galería salvadoreña Matía Borgono-

vo, o una propuesta visual de luces del argentino Paul Sendé. Otras incluyen relatos cortos positivos de la galería de Argentina AMIA y un desafío a la tripofobia (miedo a mirar figuras geométricas muy cercanas) en forma de escultura antropomorfa compuesta por cientos de círculos de pequeño tamaño y multi-

colores, creada por la puertorriqueña Naimar Ramírez.

Una de las principales novedades de la 19ª edición de esta feria es que incluye varias obras más respetuosas con la naturaleza, según Irene Gelfman, directora artística de Pinta Miami. “Hay muchísimo textil, bastante cerámica y pintura”, describió Gelfman, asegurando que la escena artística está viviendo “una llamada de atención” por su relación con el medio ambiente, dado que algunas técnicas ampliamente extendidas, como el acrílico, son tóxicas.

Pinta Miami es una de las tres ferias anuales de esta feria, que también se celebra cada año en Lima y Buenos Aires, y sirve como termómetro para descubrir el estado del arte latinoamericano en el mundo. Una posición que, según la curadora general de la feria, es cada vez “más relevante”.

Además de la sección principal, Pinta Miami cuenta con otras selecciones como Radar, que reúne a artistas que presentan propuestas menos contaminantes y desarrolladas con materiales orgánicos. Entre estas obras, destacan desde las creaciones de De la Cruz hasta impresiones de elementos naturales relacionados con la cultura indígena brasileña. Otra artista es la panameña Gabriela Esplá, quien interroga el cuidado de la naturaleza con sus escenas de selvas densas y emotivas, en las que denuncia su abandono.